

4271

La

Escuela de
los viejos

Gil

5

op 3
15.
~~XXX~~ no 2.

LA ESCUELA

DE LOS VERJOS,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

ESCRITA EN FRANCÉS

POR MR. CASIMIR DELAVIGNE, 1793-1843

y arreglada al teatro español

POR D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

Don Anselmo de Espinosa.

Don Simon Rodriguez.

El duque del Mar.

Valentín, *criado*.

Doña Clara.

Doña Elvira.

Un lacayo.

La escena es en Madrid.

Será perseguida ante la ley cualquiera persona que reimprima esta Comedia, ó la represente en algun teatro del Reino sin la competente autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO. DON SIMON.

Simon. ¿ **T**ú en Madrid, Anselmo?

Ansel. En él
vengo á fijar mi morada.

Simon. ¿ Te chanceas?

Ansel. No por cierto.

Simon. ¿ Dejas á Cádiz, tu patria,
tú, rico hacendado, y antes
comerciante? ¿ Ya te cansa
tu pais natal?

Ansel. No es eso;
sino que... mira... la causa
es que... pero has de jurarme
no reirte.

Simon. Está bien; habla.

Ansel. Estoy...

Simon. ¿ Qué?

Ansel. Casado.

Simon. ¿ Cómo!
¿ por segunda vez?

Ansel. Me hallaba
harto ya de la viudez.

Simon. ¿ A sesenta años?

Ansel. ¿ Lo estrañas?
A mi ver es buena edad.

Simon. ¿ Y sin decirme palabra?

Ansel. Temí tu genio burlon.

Simon. ¿ Tu esposa sin duda raya
en los cuarenta?

Ansel. No tanto.

Simon. Tendrá treinta.

Ansel. Aun no.

Simon. ¡Caramba!

Ansel. Es preciosa, amigo. Joven,
hermosa... con una gracia...
en fin, veinte años no mas.

Simon. ¿Por supuesto gaditana?

Ansel. Sí: vivía con su abuela,
buena muger, que aun se afana
por los placeres del mundo
en su edad sexagenaria.
Está loca por su nieta,
y con razon, que es alhaja.
Yo la vi, quedé prendado...
en fin, ahorrando palabras,
hablé de boda... Temia
que mi edad... pero qué, nada;
¡ya se ve! juiciosa, humilde,
una escelente crianza...

Simon. Consiutió.

Ansel. Pues.

Simon. Y la niña,
á quien la provincia cansa,
¿quiere ahora ver la corte?

Ansel. Es deseo que abrigaba
ha tiempo en su corazon.
Luego tambien le dañaban
aquellos aires. Dispuse
que abuela y nieta pasaran
á Madrid, y van dos meses
que estan aqui.

Simon. ¿Pues no acabas
tú de llegar?

Ansel. Sí.

Simon. ¿Pues cómo...?

Ansel. Un negocio de importancia
me ha detenido.

Simon. ¿Y las dos
por su respeto campaban?

Ansel. ¿Por qué no?

Simon. Si tú lo quieres...

Ansel. Simon, ¿qué dias pasaba
tan opacos y sombríos

lejos de mi esposa amada!
 Anoche llegué; mas solo
 pude verla un rato: estaba
 de baile, y ya ves, no es justo
 á la pobre esclavizarla.

Simon. Ya se ve.

Ansel. Fuése; y quedé
 contemplando la elegancia
 de mi habitacion.

Simon. ¿Del duque
 del Mar no es esta la casa?

Ansel. Sí: vive en el principal.

Simon. Hombre, bien: no ha dos semanas
 que se halla en el ministerio
 un tio suyo: no es mala
 vecindad: yo debo estarle
 agradecido: la plaza
 que tengo en la lotería
 se la debo.

Ansel. Y qué tal, ¿pagan?

Simon. Como es administracion,
 yo me valgo de mis mañas;
 y á puro cintas y luces
 los billetes se despachan.

Ansel. Tambien mi muger pretende
 que me coloque.

Simon. ¿Tú?

Ansel. ¡Vaya!
 ¿Por qué no?

Simon. ¡Como eres rico!

Ansel. No soy pobre; mas me falta
 adquirir cierto esplendor;
 y si calzarme lograra
 una Direccion... ya ves...

Simon. Buen bocado, y si lo atrapas...
 Pero á otra cosa: tu hijo
 ¿cómo ha llevado tu marcha?

Ansel. No vive ya con nosotros.
 Es casado; y la madrastra
 corria mal con la nuera;
 mas mi corazon le ama
 cual siempre.

Simon. Eso no está bueno.
 Tus consejos le guiaban ;
 y ahora entregas su fortuna
 á los riesgos y mudanzas
 del comercio... Yo conozco
 á otro mozo, á quien acaba
 su padre de abandonar.
 Erró el cálculo, y en caja
 no tiene con que pagar
 cierta cantidad: librarla
 debiera contra su padre ;
 mas no se atreve, y descarga
 el nublado sobre mí.
 Cuatro mil duros ; no es nada!
 necesita. ¿ Me los puedes
 tú prestar ?

Ansel. Hombre, mi Clara
 te los dará.

Simon. ¿ Tu muger ?

Ansel. Sí.

Simon. ¡ Muy buena va la danza !
 ¿ Con que es tu cajera ? ¡ lindo !
 ¡ Ay, amigo, y qué mudanza
 en tu carácter ! ¡ Cuán otro
 eres que en tiempo de marras !
 Antes el campo y sus flores
 tan solo te embelesaban ;
 y ahora en medio de la corte
 lujo y placer te acompañan.
 ¡ Lo que puede una muger !
 ¡ Ah, malditas alimañas !
 Luego me dirán, casaos ;
 para el tonto que tal haga.
 Digo, si de mis amigos
 yo cediera á las instancias
 cuando no ha mucho...

Ansel. Pues qué,
 ¿ también casarte intentaban ?

Simon. ¡ Y tanto ! me proponían
 una novia... era una ganga
 para mí, decían ellos :
 muy rica, de buena casa...

Ansel. ¿Y la has rehusado?

Simon. Sí.

Ansel. ¿Por qué?

Simon. Porque era muchacha
y hermosa.

Ansel. Tanto mejor.

Simon. Mal se avienen con las canas
hermosura y juventud,
que mil sustos nos arrastran;
y como por otra parte
viejas y feas me espantan,
por huir de ambos extremos
resuelvo morir con palma.

Ansel. Mil dulzuras que tú ignoras
en el himeneo hallaras.

Simon. Y tambien mil amarguras:
en fin, el que no se embarca
libre de naufragios vive.
Así estoy bien: no me afana
el juntar dote á mis hijas,
ni con cien llaves guardarlas:
no tiemblo cuando mi esposa
ve el correo de las damas,
y algun funesto proyecto
contra mi bolsillo fragua:
no estoy hecho un alma en pena
en un rincon de la sala
mientras baila, y mi apétito
hácia la cena me llama.
Entro cuando me acomoda;
salgo cuando me da gaa;
dispongo, en fin, de mí mismo,
y sobre mí nadie manda.
¡Oh celibato dichoso!
¿qué son, qué son comparadas
las delicias de himeneo
con tu independenciam? nada.

Ansel. Pues dígame que no hay suerte
como la del que se casa
tras larga y triste viudez.
Es resucitar: yo estaba
casi muerto: ¡qué fastidio!

¡Qué humor tan negro! Mi Clara
 con su hechizo y sus cuidados
 ha vuelto á encender la llama
 de mi vida... Tiene, es cierto,
 sus defectos... y ¿quién se halla
 libre de ellos? Me murmuran
 porque en mi bolsillo manda:
 soy rico; y cuando su mano
 secretamente derrama
 piadosos dones, entonces
 me olvido de lo que gasta.
 Tiene el genio vivo: yo
 tambien le tengo; regaña
 á veces conmigo, mas
 un cariño, una mirada
 me vence, y ceden mis iras
 al poder de tantas gracias.
 Si estoy solo, al punto viene;
 ¿me canso? su mano blanca
 me presenta un dulce apoyo
 y me abrevia la distancia.
 Tengo quien siente mis males,
 quien me escucha, quien me halaga...
 ¡Cuál su beldad me envanece!
 Sí; cuando por la mañana
 ese astro luce á mis ojos
 de placer se inunda el alma.
 Ya los ultrajes del tiempo
 no me aflijen ni me espantan:
 amante á la par que amado
 junto á mi esposa adorada,
 renazco y vuelvo á gozar
 de la juventud lozana.

Simon. ¡Cáspita, qué fuego!

Ansel. Amigo,

verás, verás á mi Clara.

Sí, don Simon, la amareis
 á pesar de vuestras cañas.

ESCENA II.

DICHOS. VALENTIN.

Ansel. ¿Qué hay de nuevo, Valentin?
¿Qué significa esa cara
tan...

Val. Señor, quisiera hablaros
en secreto dos palabras.

Ansel. Di lo que quieras.

Val. Es que...

Ansel. El señor es de confianza:
habla.

Val. No es eso, sino
que... como...

Ansel. No seas machaca.

Val. Han sucedido aquí cosas
antes de vuestra llegada...

Simon. Quédate con Dios, Anselmo.

Ansel. No te marches.

Simon. Pues repara
que te espones...

Ansel. Y ¿qué puede
contar? Explícate, acaba.

Val. Pues digo que para mí
es hartó jóven el ama.

Ansel. ¿De veras?

Val. Por el camino
me hizo montar una jaca
retozona: yo, señor,
soy mal jinete; y á cada
salto que daba, reía
la señora á carcajadas.

Ansel. Mas tambien si te cayeras
seguro estoy que llorara.

Val. Buen consuelo para mí
si al caer me desnucaba.
Mas al llegar fue peor.
Encajóme esta casaca,
y quiso que de un lacayo
todos los aires tomara.

¡A mi edad, señor...!

Simon. ¡Pobre hombre!

Val. Lo que mas me llega al alma,
es que en la zaga del coche
pretende, señor, que vaya.

Ansel. ¿Qué coche?

Val. El vuestro.

Simon. ¿Ya tienes
coche?

Ansel. No.

Val. Sí tal; y el ama,
no pudiendo ya vencer
mi natural repugnancia,
ahora ha dado en emplearme
para sus recados.

Ansel. Vaya;
ya es otra cosa.

Val. ¡Ay, señor!
ni un punto mi cuerpo pára;
cien calles corro en un día;
y cuando al fin vuelvo á casa,
pronto, á servir la comida;
y á fé que es obra pesada
servir á treinta de mesa.

Ansel. ¡Treinta!

Val. Sí señor; si dura
el festin hasta las tantas
de la noche.

Simon. ¿Con que das
festines?

Val. Cada semana
ha de haber lo menos uno.

Simon. Hombre, eso es soberbio.

Ansel. Si habla
sin saber lo que se dice.

Val. Y para darme mas rabia
elije el lunes, y asi
el domingo se me marcha
en preparativos.

Ansel. Eres
un holgazan.

Val. ¿Yo? sí...

Ansel. Calla.

Val. Bien decia yo...

Ansel. ¿Replicas?

Val. Que si el matrimonio entraba
por una puerta, saldria
yo por la otra.

Ansel. Pues marcha.
Vete.

Val. Muy bien, me iré.

Simon. No.

Capitulad: no se vaya;
mas quede para servirte
á tí solo.

Ansel. Está bien.

Val. Gracias.

Ansel. Mi muger consentirá
con una sola palabra
que le diga... Ya se acerca.
Mírala. ¿Ves qué agraciada?

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA CLARA. LACAYOS.

Clara. Treinta cubiertos: ¿oís?
mandad disponer la sala;
que todo en ella respire
lujo y placer: sin tardanza
marchad... Querido, ¿qué dia (*Á Anselmo.*)
tan hermoso hace! Mañana
quiero que nuestra comida
nos haga honor. Al fin, gracias
al cielo, te vuelvo á ver...
¡Caballero! Ayer pensaba
(*Saludando á Simon.*)
divertirme, ¡pero qué! (*A Anselmo.*)
estuve siempre alelada
pensando en tí. ¡Sentí tanto
dejarte solo...! esta falta
me la debes perdonar.
¿Me la perdonas...? sí; vaya,
dame un abrazo.

- Ansel.* Yo solo
soy el culpable... ¡ qué gracia !
si yo la obligué á que fuese. (*A Simon.*)
- Clara.* No, no pienses que recaiga...
¡ Ah ! ¿ vos aqui, Valentin ?
Me alegro... Id luego sin falta
por un palco principal
para la ópera... ¿ Os agrada
la música... ? Ireis conmigo.
Oireis... ¡ ah ! se me olvidaba.
De paso me comprareis
esa novela de que hablan
hoy los periódicos... dicen
que es horrenda ; pero... vaya,
no os burleis, pues á mí siempre
me divierte-lo que espanta.
A casa de la modista
ireis despues, que me traiga
el gorro nuevo ; despues...
- Val.* Al oir esta palabra
me tiemblan las piernas. Digo,
señor...
- Ansel.* Querida, repara
que es viejo y no puede mas.
- Clara.* Pienso que todos me igualan
en edad y en ligereza.
- Ansel.* Yo le he dado mi palabra
de que á mí tan solamente
servirá.
- Clara.* Bien hecho ; basta ;
quiero que se cuide bien.
Sí, Valentin, en la casa
servireis solo á mi esposo.
¿ Oís ?
- Val.* Señora, mil gracias.
(Al menos estaré libre
por hoy de tantas andanzas.)
- Ansel.* ¿ Qué te dije ? (*A Simon.*)
- Clara.* ¡ Ay Dios ! no tengo
nadie á quien mandar... mañana
quedará libre ; mas hoy,
hoy por lo menos...

- Ansel.* El ama
te lo pide por favor.
Hoy tan solo: vamos, anda.
- Simon.* Esto ya lo preveía. (*Aparte.*)
- Val.* Pues no hay mas remedio, al agua. (*Vase.*)
- Ansel.* ¿No tiene buen corazon? (*A Simon.*)

ESCENA IV.

DON ANSELMO. DOÑA CLARA. DON SIMON.

- Ansel.* Te presento, amada Clara,
á un antiguo amigo mio:
Rodriguez, mi camarada
de colegio.
- Clara.* ¡Ah! sí, conozco
ya al señor.
- Simon.* ¿Sí?
- Clara.* ¿No os llamaban
los dos hermanos?
- Simon.* Es cierto;
y como á hermano le amaba.
- Clara.* Sin embargo os dividian
las contiendas literarias.
- Simon.* ¿Quién os ha contado...
- Clara.* Anselmo
me lo ha dicho veces varias.
Aun sé mucho mas. Él es
quien siempre mas euredaba.
- Simon.* Alborotador eterno.
- Ansel.* Tú, siempre me predicabas.
- Clara.* ¿Y aquellos versos latinos
que os valieron la medalla?
- Simon.* ¿Tambien lo sabeis, señora?
¡Oh qué memorias tan gratas
me escitais! (*Ap. á Anselmo.*) Tiene talento.
- Ansel.* ¿No es asi?
- Clara.* Callo: ya basta:
tan lisonjeros recuerdos
la cabeza os trastornaran.
Pero venid á menudo,
señor, á honrar nuestra casa.

Yo misma á vuestra parienta
iré á buscar.

Simon. Escusada
molestia... soy... (*Turbado.*)

Ansel. Solteron:
por sistema no se casa.

Simon. Ya estoy convertido.

Clara. Pues
probadlo: siempre se cansa
un solteron de estar solo.
¡Tiene momentos de tanta
desesperacion...! Venid,
venid á menudo, y haga
nuestro ejemplo que algun dia
adorne con sus guirnaldas
vuestra sien el himeneo.

Simon. De hacerlo os doy mi palabra.
Bien quisiera prolongar
este rato; mas me llama
un asunto. A escribir voy.
Que el dinero no haga falta. (*A Anselmo.*)

Ansel. Pierde cuidado; mas oye:
para escribir una carta
mejor en mi gabinete
puedes estar que en tu casa.

Simon. Como tú quieras, amigo.
A los pies de usted, madama.
Abur... sea enhorabuena. (*A Anselmo.*)
Tu muger es una alhaja. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON ANSELMO. DOÑA CLARA.

Clara. ¡Qué jovial es el amigo! (*Rie á carcajada.*)
¡Y qué facha tan estraña!
¡Qué casacon! ¡Qué peluca!
Aun viste á la antigua usanza.
Parece el cuadro ambulante
de un nieto de doña Urraca.

Ansel. No te burles: es sugeto

de apreciables circunstancias;
 muy íntegro en los negocios,
 de una conducta arreglada...
 Tú puedes favorecerle.

Clara. ¿Sí? pues quiero hacerlo; habla.

Ansel. Necesita algun dinero;
 y yo el dia de tu marcha
 te confié diez mil duros.
 Venga la mitad, y basta.

Clara. Ves á casa del banquero:
 yo no doy lo que me falta.

Ansel. ¿Qué dices?

Clara. Que mi bolsillo
 está dando las boqueadas.

Ansel. ¡Diel mil duros en dos meses!

Clara. Dos meses es fecha larga.

Ansel. Pero muger, diez mil duros
 ¿cómo en dos meses se gastan?

Clara. ¿No alabas mi economía?

Ansel. ¡Jesus! ¡Jesus!

Clara. ¡Qué! ¿Te pasmas?
 Pues yo nada hago supérfluo:
 lo necesario me basta.

Ansel. ¿Qué nombre das á esos muebles?
 ¿esos espejos y arañas
 son cosas útiles? Dilo.

Clara. Y aun mas, pues son necesarias.
 Destiérralas: vé á vivir
 en estrecha y pobre casa,
 y veremos quién se acuerda
 de que existes en España.
 La opulencia en estos tiempos
 es quien el mérito alcanza.
 Mi madre siempre me dice:
 Deslumbra al vulgo; ¿que cuantas
 gentes la casa frecuenten
 sepan que eres millonaria,
 pues del pobre todos huyen,
 y el rico todo lo alcanza.
 Conviene aparentar lujo.
 Un poco, ¡que un poco basta!
 Un mucho es cosa supérflua;

pero un poco, necesaria.

Ansel. No hay duda, de esas razones algunas son muy sensatas; ¿mas esos grandes banquetes no son supérfluos?

Clara. No hay nada mas útil. En este punto, amiguito de mi alma, vives un siglo atrasado. Recibir gente me cansa; es molestia; pero, amigo, es molestia necesaria.

Ansel. Da convites; mas ¿á qué tantos criados? ¿qué falta nos hace ademas el coche?

Clara. A mí, ninguna: la causa de haberlo puesto eres tú. ¿Para alcanzar una plaza no tendrás que hacer visitas? Si vas á pie te degradas; y en coche-simon, ¡Jesus! todos de tí se burlaran. Y ¿qué harías por la noche si se me proporcionaba ir á alguna diversion? Dime, ¿quién me acompañara? ¡Bien! Yo iría sola, sola; pero iría disgustada. Al contrario, ¡qué placer ir á tu lado sentada y en dulce conversacion! ¡O cuán rápidos volaran los instantes! Lo confieso, sin tí la dicha me falta: solo anhelo verte, hablarte, y ¡ó flaqueza! es de mi alma la necesidad primera este afan que á tí te cansa.

Ansel. Basta, basta; me avergüenzo: ¡y era yo quien te acusaba...!

Clara. Ahora quiero darte cuenta de tu dinero. Te agrada

la lectura. En el paraje
mas silencioso de casa
te he puesto la librería.
Es verdad, sale algo cara,
mas en ella encontrarás
los libros que mas te encantan.
Por una escalera oculta
desde alli al jardin se baja:
el duque me lo ha cedido.
Si he comprado joyas, galas,
ha sido por complacerte.
Los colores que te agradan
son los mismos que he elegido;
tan solo con las alhajas
que mas á tus ojos brillan
me verás engalanada;
y por parecerte hermosa
nada me es costoso, nada.
Estas son mis faltas, estas.
Ahora, si quieres, regaña...
Mas no; cedes, te arrepientes,
y estoy leyendo en tu cara
que vas á pedir perdon...
¡Ah! si amase la venganza...
Pero te perdono, pues
valgo mas que tú.

Ansel. Sí, Clara;
vales mas que yo mil veces.
Tu mucha bondad me pasma.

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA ELVIRA.

Elv. Abrazadla; muy bien hecho;
mas no con tanta cachaza.
Daos prisa, yerno mio,
pues vengo para llevarla
conmigo.

Ansel. ¿Cómo?

Clara. Mamá,
podría esperarse...

- Elo.* Nada.
Es visita muy precisa.
Ademas que la mañana
convida á ir...
- Ansel.* ¿Dónde?
- Elo.* Al Prado;
al templo de la elegancia.
Alli lucen las hermosas,
alli campean las gracias,
y alli á muchos vuestra esposa
hace con una mirada
de vuestra dicha envidiosos.
Es como un triunfo su marcha.
Todos la siguen, la admiran,
todos la aplauden y alaban.
- Clara.* Puedes venir con nosotros.
- Elo.* ¿Has olvidado ya, Clara,
que tiene que ver...
- Ansel.* ¿A quién?
- Elo.* A don Jacinto.
- Ansel.* Mañana
le veré, que aguarde.
- Clara.* No.
La visita es necesaria.
¿Y el banquero? (*Bajo.*)
- Ansel.* ¡Ah! sí, es verdad.
Ya de Simon me olvidaba.
- Elo.* Primero es la obligacion.
- Ansel.* Pero...
- Elo.* A Dios.
- Ansel.* Una palabra:
- Elo.* A Dios; ya estará ella aqui
cuando vos volvais á casa.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VII.

ANSELMO.

Cuando estábamos hablando
de mi lado la separa
de este modo, y... Ello es cierto

que yo cometí mil faltas...
 Pero es muy grande la suma.
 Con ella casi comprara
 dos casas... Mas sin embargo
 me da razones tan claras,
 tan convincentes... Yo debo
 hacer de modo que nada
 sepa Simon de este lance.
 Corramos, pues, sin tardanza...
 ¡Qué bueno es el tener coche!
 Ahora lo veo... ¡mas calla!

(*Mirando por la ventana.*)

si se va en él mi muger...
 ¡Paciencia! A mí no me cansa
 el ir á pie... Vamos, pues,
 y procuremos con ansia
 despachar para volver
 cuanto antes á ver á Clara.
 ¡Qué buena esposa! no hay otra
 mas digna de ser amada.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO. DOÑA ELVIRA.

- Elv.* ¡Qué mal humor que traeis!
- Ansel.* Señora, estoy sofocado.
Voy á casa del banquero
y dicen que está en el campo.
- Elv.* Como que es dia de fiesta.
- Ansel.* Luego me llevais al Prado.
Os sigo por ver un sitio
que me ponderábais tanto.
Entro y veo... ¡qué delirio!
yo no sé cómo esplicarlo:
habiendo para el paseo
mas que suficiente espacio,
en sólo una calle está
todo Madrid apiñado.
¡Qué tropel! Uno se ahoga,
y si sale es por milagro.
Veo á mi muger, y quiero
acercarme: ¡intento vano!
no puedo pasar; y fuera,
segun creo, necesario
para llegar hasta ella
despejar á cañonazos
la multitud numerosa
que alli la estaba obsequiando.
¿Qué hago pues? Saco el pañuelo,
hago una seña, dos, cuatro.
¡Qué! nada... sino merece
un marido en estos casos
ni una mirada siquiera.
Siempre en el aire llevado,

siempre acercándome mas,
y siempre mas empujado,
casi insultado me escurro,
sudando á mares me salvo;
¿y qué he hecho? Ver á mi esposa
en perspectiva..

Elo. Yo extraño
que os quejeis; no á pasear,
sino á lucir se va al Prado.

Ansel. Decid, ¿quién es aquel jóven
que estaba siempre colgado
del oido de mi esposa?

¿Qué alegre estaba! ¿qué ufano!

Elo. Es nuestro vecino, el duque
del Mar: es el cortesano
mas elegante, mas fino.
¿Qué tono! ¿qué aire! ¿qué garbo!
¿qué grandeza brilla en todas
sus maneras...!

Ansel. ¿Desde cuándo
conoce á mi esposa?

Elo. Habrá
asi, cosa de dos años.

Ansel. ¿Con que la veía en Cádiz?

Elo. Y mucho.

Ansel. ¡Bueno!

Elo. Alegraos:
es sobrino del ministro:
ha prometido ampararnos,
y con su favor, mañana
os vereis bien colocado.

Ansel. Sí, pero...

Elo. ¿Qué pero? Clara
y yo le hemos cautivado;
á mí particularmente
suele distinguirme tanto,
que no falta quien murmure.
Aun suele subir un rato
por las noches cuando ve
que estoy sola.

Ansel. ¿Sola?

Elo. Tanto

como sola, no: Clarita
estaba conmigo.

Ansel. ¡Bravo!
Pues yo os digo que no quiero,
ni me acomoda su trato.
Y diré á Clara...

Elo. Decidle
cuanto gustéis: hoy os hallo
impertinente. No sois
marido, sino tirano.

Ansel. Pero...

Elo. Me marchó, pues veo,
yerno, que estais delirando. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON ANSELMO.

Vaya con Dios. Este duque...
¡Y qué! perderá sus pasos.
¿Qué temor puede inspirarme?
Ninguno... Mas sin embargo,
yo no sé por qué... Alguien viene.
Es Simon... ¡ó Dios! ¡qué chasco!
Y aún no tengo el dinero.

ESCENA III.

DON ANSELMO. DON SIMON.

Simon. Ya es tarde: las tres y cuarto,
y estoy con un apetito..

Ansel. Disimula, pues he estado
fuera.

Simon. Tú, amigo, no tienes
un momento de descanso:
sales, andas, te diviertes...
Con que dime, ¿te ha entregado
tu esposa ya aquel dinero?

Ansel. (Va á enojarse si le achaco
la culpa á Clara.)

Simon. ¿Qué dices?

¿dónde está el dinero? Vamos,
despacha.

Ansel. Yo te diré.

Simon. Nada me digas.

Ansel. El caso
es que...

Simon. El dinero.

Ansel. Mi esposa...

Simon. Llámala.

Ansel. Tengo reparo...

Simon. Libra una letra contra ella
á mi favor.

Ansel. Ha pagado
estos dias cierta suma
considerable... Y al cabo,
¿te inspira tanto interes
ese jóven?

Simon. Sí.

Ansel. ¿Un extraño!

Simon. Tú le conoces.

Ansel. ¿Quién? ¿yo?

Simon. Y mucho, sí.

Ansel. Sin embargo,
me has ocultado su nombre.

Simon. Me prohibió revelarlo
á su padre.

Ansel. ¡Oh Dios! ¿sería...

Simon. Tu hijo.

Ansel. ¡Mi hijo! Es muy raro
que no se dirija á mí.

Simon. Siempre ha sido necesario
entre los dos un tercero.

Ansel. ¡Si es un loco!

Simon. Abandonado
de tí, ¿qué quieres?

Ansel. ¿Qué apuro!
Yo... sí... pero... ¿viaje infausto!
¡Ah! ¡mi muger, mi muger...!

Simon. ¿Qué?

Ansel. Nada, nada: me callo.

Simon, querido *Simon.*

(*Despues de una breve pausa.*)

Simon. ¡Ay! ese es tu exordio cuando me pretendes arrastrar á dar algun paso en falso.

Ansel. Tú tienes fondos, y puedes servirme.

Simon. ¡Un depositario prestar!

Ansel. Yo salgo garante.

Simon. No.

Ansel. Te será reintegrado mañana mismo el dinero.

Simon. No, no.

Ansel. Salva á mi hijo, vamos.

Simon. Qué pesado.

Ansel. Te lo ruego.

Simon. Bueno, lo haré; pero al cabo harás hoy que coma mal.
A Dios.

Ansel. ¡Ah! ¿No me has hablado del duque del Mar?

Simon. Sí.

Ansel. Dices que es...

Simon. Un mozo muy gallardo: gran tirador de florete, y terror de los casados.

Ansel. ¿De los casados!

Simon. Tan diestro, que no hay mugeril recato que se resista á sus trazas.
¿Qué tienes?

Ansel. Nada.

Simon. En llegando á gustarle una muger, siempre se le ve á su lado.
En los paseos...

Ansel. ¡Ah! Sí.

Simon. En los bailes, en teatros...

Ansel. Pero estan allí tambien los maridos.

Simon. No hace caso de ellos, y si le conviene

tambien suele colocarlos.

Ansel. ¿Qué dices?

Simon. Yo te aconsejo
que en tu casa ni pintado
le recibas.

Ansel. Por supuesto.

Sale un criado. El duque del Mar.

Ansel. ¿Qué diablos!

Simon. ¿Hola! ¿Con que te visita?

Ansel. No; si viene es un acaso.

Simon. Pues, al subir la escalera
habrá equivocado el cuarto.

ESCENA IV.

DICHOS. EL DUQUE.

Duque. Señor don Simon, celebro
el veros. Anoche hablando
de vos, decia el ministro
con la sonrisa en los labios:
Este don Simon Rodriguez
nadie le iguala: ¿qué exacto
en sus cálculos! ¿qué diestro,
qué consumado en el ramo!
Brujo es necesario ser
para encontrarle en desfalco.

Simon. Mucho me honra su escelencia.
No soy lerdo; pero al cabo
de cuarenta años, ¿qué mucho!
Con vuestro permiso, parto.

Duque. ¿A mirar si vuestros fondos
están bien ó mal contados?
¿Oh! sin su cuenta y razon
jamás sale ni un ochavo
de vuestra caja.

Simon. Mil gracias.
¿Lindo cumplido y al caso!
(*Bajo á Anselmo.*)

Señores...

Ansel. Hasta la noche:
procura venir temprano.

ESCENA V.

DON ANSELMO. EL DUQUE.

Ansel. ¿Buscareis á doña Elvira?

Duque. ¿Y su nieta?

Ansel. Aquí la espero.

Duque. Yo tambien la esperaré.

(¿Quién será este caballero?)

Ansel. (Pues alabo la franqueza :
se queda.)

Duque. Ahora que me acuerdo,
estará con la condesa.

Ansel. Bien puede. (Esto sí que es bueno :
sabe dónde va, y yo no.)

Duque. ¿El señor es forastero?

Ansel. Sí señor; llegué ayer noche.

Duque. Y sin duda amigo ó deudo
de doña Clara.

Ansel. Algo mas. (*Sonriéndose.*)

Duque. Ya caigo... ¡cuánto me alegro!
Ese aspecto venerable
me anuncia... sí... Caballero,
vuestra hija doña Clara
es de beldad un portento.

Ansel. ¡Mi hija! ¿Cómo?

Duque. ¡Feliz padre!
Enternecido me siento.

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA CLARA.

Clara. ¿ Con mi esposo el señor duque?

Duque. (¿ Su esposo !) ¡ Cuánto me alegro
conocerlos ! no ha tres horas
que hablé de vos con empeño
á mi tio : le encomié
vuestras prendas y talentos...

Ansel. ¿ Cómo, señor ?

Duque. Esto fue

haceros justicia ; y debo
confesar que si se dieran
solo al mérito los puestos,
vos fuérais mi protector,
y yo el protegido vuestro.

Clara. ¡Siempre fino, siempre amable!

Duque. Soy justo.

Ansel. Señor, aprecio
tanto favor ; mas es fuerza
no ocultar nada : ya tengo
sesenta años : esta edad
tal vez...

Duque. Para los empleos
es la que quiere mi tío.
Pero de otra cosa hablemos.
Esta noche da mi madre
un baile ; palabra tengo
de esta señora que irá
á embellecerle : me acuerdo
que os esperaba, y por vos
se ha comprometido : espero
que nos honreis : á mi tío
os presentaré : el momento
será favorable, y puede...

Ansel. La atención os agradezco,
pero estoy cansado.

Clara. Allí
descansarás.

Duque. Pues.

Ansel. Y luego,
que también espero gentes.

Clara. ¿A quién ? ¿Al hombre sincero ?
¿A tu amigo don Simón ?

Ansel. El señor le aprecia.

Duque. Es cierto.

Clara. Pero convendrá conmigo
en que es un cuadro perfecto
del siglo pasado.

Duque. ¡Bien!

Clara. ¿ para obsequiarle creo
que habrás también convidado...
á algunos de tus abuelos.

Ansel. ¡Clara!

Clara. ¿Te enfadas? Ya callo.
Ha sido una chanza.

Ansel. Pero...

Clara. ¿Me vas á decir que soy
murmuradora por eso?
¿Lo soy? Juzgadlo vos. (*Al duque.*)

Duque. ¿Yo?

Ansel. Dejemos eso.

Clara. No, quiero
que el duque sea nuestro juez.

Ansel. (Ya contenerme no puedo.)

Duque. Disimuladme, señora,
pero digo lo que siento.
Aprecio á don Simon, es
honrado, tiene talento
y probidad: si le ofenden,
saldré yo mismo el primero
en su defensa.

Ansel. Bien dicho.

Duque. Con todo, no desapruero
un chiste inocente, cuando
se deja el honor ileso.
Malo es murmurar, mas no
lucir un festivo ingenio.

Clara. Bien dicho.

Ansel. ¡Bien! se acabó.

Duque. Si gusta favorecernos
don Simon, puede...

Ansel. No baila.

En fin, señor duque, os ruego
me disimuleis... Vos mismo
colocaos en mi puesto:
conoceis á don Simon;
le apreciáis... faltar no puedo
á mi promesa... y quien tiene
un amigo verdadero,
siempre fiel le debe ser.

Duque. Está bien, y no me atrevo
á insistir mas... Pero vos (*Á Clara.*)
¿no hareis, señora, un esfuerzo
para ablandar su rigor?

Hablad, suplicad; espero
 que al fin vencereis... Con esa
 dulce esperanza me ausento;
 y con ella, para ir
 juntos los tres, vendré luego. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON ANSELMO. DOÑA CLARA.

Clara. ¿Ireis al baile?

Ansel. ¿Yo? no.

Clara. Vamos, que sí.

Ansel. No por cierto.

Clara. Sí tal.

Ansel. Te digo que no.

Clara. ¿Por qué razón?

Ansel. Que no puedo.

Clara. Pero...

Ansel. Escucha: con franqueza
 yo te quiero abrir mi pecho.
 Desde que llegué, reparo
 que otros cuidados mas serios
 y amigos mas venturosos
 te ocupan solo: el desprecio
 con que tratas á Rodriguez
 me llena de sentimiento.
 Te burlas de un hombre honrado
 digno de todo mi aprecio.
 Honrado, sí, y mas honrado
 que otros que presumen serlo,
 sin tener su corazon
 ni sus nobles sentimientos.
 El es solo el atacado,
 pero los dos padecemos,
 pues toda burla pesada
 en presencia de tercero
 contra su edad dirigida,
 ofende á los dos á un tiempo,
 pues tambien en mí recae,
 que soy igualmente viejo.

Clara. Pero el duque ya os lo ha dicho:

esto es chanza, y no desprecio.

Ansel. ¡El duque...! El duque me enfada.
 Para mí todos son buenos;
 mas el duque... él solo tiene
 de ofenderme el privilegio.
 ¿Piensa acaso que me engaña?
 Aquel oficioso celo,
 aquel tono servicial,
 aquel aire lisonjero
 con que finge corregirte,
 me desagradan. No es bueno,
 por mil razones, que ese hombre
 sea tu sombra. El recelo
 está muy lejos de mí;
 pero con tales sugetos
 la opinion de una muger
 corre siempre mucho riesgo.
 Basta una sola mirada,
 basta la chanza de un necio
 para empañarla: su brillo
 se disipa como el viento;
 y treinta años de virtudes
 cuando el daño está ya hecho,
 no bastan á reparar
 lo que destruye un momento.

Clara. Para un libro de moral
 ese trozo es estupendo.
 Mas lo que interesa ahora
 es el baile: con que ¿iremos?

Ansel. Solo frecuento las casas
 de gentes á quienes puedo
 recibir.

Clara. El señor duque
 ya viene á favorecernos.

Ansel. Es mucho honor; mas sin él
 viviré muy satisfecho.
 Reciba en su casa duques,
 condes y duquesas, ¡bueno!
 Es duque, y yo no lo soy.
 Estoy fuera de mi centro
 cuando veo en torno mio
 á tan grandes caballeros;

y mi lengua apenas puede
 articular un acento
 si en vez de decir usted
 decir esclencia debo.

Clara. Considera que este baile
 no es solo un divertimento:
 si has de medrar, amiguito,
 es fuerza vencer tu genio.
 ¡Pero tú! ¡qué! ya de verte
 colocado desespéro.

Ansel. Pues no me colocaré;
 ¡qué me importa? Estoy contento
 con mi suerte: soy bastante
 rico; soy libre, y no quiero
 vender esta libertad
 por un miserable sueldo.

Clara. Pues bien, ven al baile, como
 vas al teatro, por verlo.
 ¿Lo harás por mí...? Vaya... sí.
 Verás mil objetos nuevos
 para tí... ¡Qué brillantez!
 ¡qué ricos trages! ¡qué bellos
 diamantes...! ¡Y es esta noche!
 Iré... sí... los dos iremos.

Sí, señor; y si no voy
 de pesadumbre me muero.

Ansel. No te morirás, querida;
 y verás al mismo tiempo
 cómo tambien con Rodriguez
 aunque no baile, tenemos
 una noche divertida,
 sin ruido ni cumplimientos.
 Verás con cuánto apetito
 cenamos, y cómo luego
 viviremos todavía.

Clara. ¡Vaya! Tú has formado empeño
 en desesperarme. Quieres
 castigarme de haber hecho
 burla de don Simon... Juro
 que nunca ha sido mi intento
 injuriarle... Don Simon
 me gusta, le amo; prometo

obsequiarle; mas hoy no:
 mañana... estamos de acuerdo,
 ¿no es verdad? se concluyó:
 mi dulce esposo, mi genio
 tutelar, mi buen amigo,
 tan complaciente, tan bueno,
 hazme este favor: sí, vamos:
 cede, cede.

Ansel. No, no puedo. (Con fuerza.)

Clara. ¡Cuán infeliz soy, Dios mio!
 ¡Cuán infeliz!

Ansel. ¡Llora! ¡ah cielos! (Enternecido.)

Clara. Esto es un acto arbitrario, (Fuera de sí.)
 una tiranía, y debo
 librarme de ella: ¿me mandas
 quedarme? pues yo no quiero.
 Iré al baile, y quedarás
 solo con el estafermo
 de don Simon: es un hombre
 insufrible, le detesto;
 y por no verle, me voy
 ahora mismo.

Ansel. ¿Cómo es eso?

Clara. Mi madre está convidada
 tambien, y con ella puedo
 ir á todas partes.

Ansel. Cuando
 yo no gusto...

Clara. Los derechos
 son iguales entre esposos.
 Sí, señor mio, sabedlo;
 y ya que lo prohibís
 iré al baile á pesar vuestro.

Ansel. ¿Vos ireis á pesar mio,
 decís? ¡Cuidado con ello!
 Mire usted que lo prohibo.

Clara. ¡Lindo!

Ansel. Veremos.

Clara. Veremos.

Ansel. Señora, miradlo bien:
 considerad que el decreto
 es irrevocable.

Clara. ¡Bien!

Ansel. Aunque me vengais con ruegos...

Clara. En eso pienso.

Ansel. Aunque os vea
á mis pies, y con lamentos
y lágrimas me pidais
perdon, señora, no cedo.

Clara. ¡O Dios mio! ¡Qué marido!

Ansel. ¡Jesus! ¡Qué maldito genio!
Para evitar su furor
me encerraré en mi aposento.

Clara. Id: yo tambien en el mio
voy á evitar el aspecto
de un tirano. A Dios.

(*Vase.*)

Ansel. A Dios.

¡Cuidado con mi precepto!
¡Qué entrevista! y eso que ha
dos meses que no nos vemos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, *vestida de baile.*

Volved, y eso le decid.
(*A un criado, que se va.*)

Hablar conmigo desea
y un embajador me manda.
Venga, venga; estoy dispuesta:
tal vez me juzga rendida,
tal vez lágrimas espera;
mas se lleva chasco, y me halla
en estado de defensa.

ESCENA II.

DON ANSELMO. DOÑA CLARA.

- Ansel.* (¡Qué hermosa está!) ¿Segun veo
me faltais á la obediencia?
- Clara.* Vos os quedais, yo me marcho:
cada uno sigue su tema.
- Ansel.* ¿No sentís remordimientos?
- Clara.* ¿Quién, yo? ¡la pregunta es buena!
- Ansel.* ¿Aun dura el enojo?
- Clara.* ¿Enojo?
decid el odio.
- Ansel.* Ya llevas
muy lejos...
- Clara.* Sí; por vos siento...
(No pensaba que viniera
tan blando.)
- Ansel.* He reflexionado:
en tu edad esa viveza

es perdonable; en la mia
 la razon ha de ser dueña,
 y la razon es culpable
 cuando el furor la enagena.
 No justo, sí vengativo,
 acaso fuí... con tu ausencia
 me pretendo castigar.
 Ves al baile, y las reyertas
 se acaben: ¿lo quieres?

Clara. Pero...

Ansel. Sí, vé sola con tu abuela.
 ¿Habreis murmurado mucho
 de mí?

Clara. Un poco.

Ansel. Todo queda
 ya olvidado. Oye: si tanto
 me enojé, mi escusa es esta.
 Simon es original,
 es cierto, nadie lo niega;
 mas cuando tú con un tono,
 que yo no creo merezca,
 sobre ligeras faltillas
 le estabas haciendo guerra,
 en aquel momento mismo
 su amistad pura y sincera
 le esponia por servirme.

Clara. ¿Pues cómo?

Ansel. Es cosa secreta.

Clara. ¿Secreta? ¡Ah! di... olvido todo.

Ansel. Mi hijo ha errado sus cuentas.
 Yo debí haberlo previsto;
 mas tan solo á mi terneza
 entregado, abandoné
 por tí su edad inesperta.
 Merced á tus gastos locos,
 yo sin caudales, ¿qué hubiera
 podido hacer si Simon,
 Simon, esa alma tan bella,
 no me prestara... tal vez
 sobre el fondo que conserva
 en depósito... Simon,
 de tan rígida conciencia,

sus escrúpulos venció
 con una heróica entereza.
 Él ha salvado á mi hijo:
 ¿es tan ridículo? ¿hicieran
 lo mismo tantos pegotes
 como aquesta casa asedian?

Clara. ¡Ah! no, y mas que sus discursos
 este rasgo me interesa.
 Tambien yo en favor de un hombre
 tan digno de nuestra eterna
 gratitud, un sacrificio
 haré. Sí; este baile que era
 hace ya mas de ocho dias
 mi anhelo, mi única idea,
 y en que de noche soñaba,
 no iré ya á él, ni á la fuerza.
 Queda resuelto: tu amigo
 merece la preferencia.

Ansel. ¿Tendrás valor?

Clara. Lo tendré.

Ansel. ¿De veras?

Clara. Y muy de veras.

Renuncio ya á mis proyectos;
 y estas galas solo quedan
 para agradar á Rodriguez.

Ansel. ¡Ah! ¡Clara mia!

Clara. Antes era
 muy linda á tus ojos, pero
 ahora estoy mas hechicera;
 ¿no es verdad?

Ansel. Cien veces mas.

Clara. ¿Me quieres?

Ansel. Te adoro, prenda.

Clara. Siempre te obedeceré.

Ansel. No te causaré mas penas.

Clara. Se acabaron ya las riñas.

Ansel. Esta paz va á ser eterna.

Clara. ¡Amigo!

Ansel. ¡Clara adorada!

Clara. Ello sí, tú la defensa
 de don Simon has tomado
 con razon; pero confiesa

que has sido injusto tambien
con el duque.

Ansel. No lo creas.

Clara. Sí, lo has sido.

Ansel. A los veinte años
se juzga con ligereza.

Clara. Y con sobrado rigor
en llegando á los sesenta.

Ansel. Tú te puedes engañar.

Clara. Y puede que razon tenga.

Ansel. No lo creo.

Clara. Estoy segura.

Ansel. No.

Clara. Sí.

Ansel. Que no.

Clara. De manera...

Ansel. ¿Volvemos á la disputa ?

Clara. Por querer al uno ¿ es fuerza
que asi aborrezcas al otro
cuando en servirnos se empeña ?

Ansel. Es que aquel tiene mi edad
y el otro...

Clara. No te detengas ;
acaba.

Ansel. Tiene la tuya.

Perdona, Clara ; si llega
á amar un anciano, siempre
su pasion es loca y ciega ;
y si se ama con temor ,
amar con exceso es fuerza.
Del triunfo en su edad el jóven
lleva la esperanza cierta ;
mas un anciano que dueño
se mira de una belleza ,
avaro de su tesoro
de cuantos le ven recela.
Yo me conozco á mí mismo :
sin que de tí zelos tenga ,
quien te merece tan solo
la mirada mas pequeña ,
me parece un euemigo
que me arrebatara la hacienda.

Yo mi situacion maldigo:
 sea delirio ó flaqueza,
 veo que el duque te agrada,
 conozco que te interesa.
 Mi corazon sufre mucho,
 mucho, sí; y tan solo anhela
 por único bien, pues ves
 los males que le atormentan,
 que al menos, no ya tu amor,
 tu amistad me compadezca.

Clara. Tanta modestia te agravia;
 con razon me quejo de ella.
 ¿Dónde estan esos rivales?
 Su afanar ¿qué consiguiera?
 Hazte justicia, y verás
 cómo tus temores cesan.
 Si á alguno escucho, es tan solo
 al que de tí se hace lenguas,
 pues solo el oir tu elogio
 de satisfaccion me llena.
 Pero ¿con qué fin cerramos
 las puertas á las grandezas?
 Tus talentos y virtudes
 quiero que aquel lustre tengan
 tan merecido, y conozcas
 que el darte la preferencia
 mi corazon, no es tan solo
 porque el deber me lo ordena.

Ansel. Con tal de que no te valgas
 del duque, haré lo que quieras.

Clara. Pues vé al punto á visitar,
 ó llévale una targeta,
 á aquel oficial mayor
 que por tí ya se interesa.

Ansel. ¿Tú lo quieres?

Clara. No lo quiero.
 Te lo ruego.

Ansel. Enhorabuena:
 voy corriendo. Mas Simon,
 á quien aguardo... Quisiera...
 No sé como tarda tanto...
 Si llega...

Clara. No te dé pena :
vé, yo le recibiré ;
le entretendré de manera
que no se fastidie.

Ansel. Voy ;
y al punto estaré de vuelta.

ESCENA III.

DOÑA CLARA.

Hecho está ya el sacrificio.
¿Y por ventura me pesa ?
¡Oh! no ; ¡mi Anselmo es tan bueno !
Eso sí, la funcion era
muy lisonjera á mis ojos.
El duque á nadie eligiera
para bailar sino á mí ;
y al ver esta preferencia
¡cómo rabiarian las damas
de palacio...! ¡Oh Dios! ¡qué bella
satisfaccion! ¡qué victoria!
Es lástima que no pueda
concurrir ; mas olvidemos
imagen tan lisonjera.
Complacer á dos amigos
es lo que mas me interesa.

Sale un criado. El señor duque pregunta
si puede entrar.

Clara. ¡Su esclencia!
Dile que sí. (*Vase el criado.*) ¡Santos cielos,
en qué mala ocasion llega !

ESCENA IV.

DOÑA CLARA. EL DUQUE.

Duque. Vuelvo, señora, traído
en alas de mi impaciencia,
que á quien en la incertidumbre
vive, todo se le presenta
indiferente á sus ojos.

Lleno de una sola idea
 á que el alma se abandona,
 se olvida hasta la existencia,
 y anhelando un solo objeto,
 nada hay sin él que divierta.
 Pero ¡qué hermoso tocado!
 ¡qué trage! ¡qué gentileza!
 Todo mi dicha asegura;
 todo, todo me embelesa.

Clara. Pues no, no conteis conmigo.

Duque. ¡Cómo! ¡No venís?

Clara. Es fuerza
 quedarme.

Duque. ¿No cumplireis,
 señora, vuestra promesa?

Clara. Lo siento; mas lo dispone
 mi esposo de otra manera.

Duque. ¿Y me haceis con ese tono
 un desaire que me llena
 de afliccion? ¡Ah! para vos
 la pérdida es muy ligera.
 Nuevos triunfos, es verdad,
 en este baile os esperan;
 mas ¿qué os importa? avezada
 á conseguirlos do quiera,
 á la gloria de brillar
 mostrais solo indiferencia.
 No asi quien ufano ya
 con veros honrar su fiesta,
 todo lo pierde, perdiendo
 el mejor adorno de ella.

Clara. Favor que me haceis; mas poco
 se perderá con mi ausencia.

Duque. Cuánto os engaÑais, señora;
 desechad esa modestia,
 que aunque virtud, es á veces
 mas culpable que se piensa.
 ¿Quién la pérdida repara
 que nos causa vuestra ausencia?
 ¿No sabeis que un solo objeto
 causa es de gozo ó tristeza,
 Que con él todo es encantos,

sin él no hay dicha perfecta?
 Otras muchas, me direis,
 allí sus gracias ostentan.
 ¿Quién sabe si son hermosas?
 ¿Quién tiene ojos para verlas?
 Una hay que sola tras sí
 toda la atencion se lleva,
 una sola ven los ojos ;
 y al punto que ella se ausenta,
 todo se ausenta, y la sala
 cual un desierto se queda.

Clara. Si yo creeros pudiese
 me valiera la advertencia,
 y no dudeis del placer
 que en daros gusto tuviera.

Duque. Venid.

Clara. No insistais.

Duque. Vendreis.

ESCENA V.

DICHOS. DOÑA ELVIRA.

Duque. Señora, vuestra influencia
 es muy necesaria: unid
 á mis súplicas las vuestras
 para que el baile Clarita
 se digne honrar.

Elv. Ya dispuesta
 está.

Clara. Madre, no, me quedo;
 asi mi esposo lo ordena.

Elv. ¿Qué dices? Y habré yo puesto
 en adornar tu belleza
 todos mis cinco sentidos
 ¿para qué? ¿para que venga
 á admirarla don Simon?
 En el baile se dijera:
 ¿Quién es esa hermosa jóven
 cuyo atractivo se lleva
 las atenciones de todos?
 Y yo diria: Es mi nieta:

y todos me alabarian,
y tan hueca me pusiera.

Duque. No es eso solo, sino
que os espera la duquesa.

Elo. ¿Aquella á quien habeis ya
hablado de mí, y que muestra
tanta ansia por conocerme?

Duque. La misma: estuve con ella
murmurando ayer de vos.
Le alabé sobremanera
vuestra gracia en el hablar,
esa eleccion y afluencia
de palabras, y el hechizo
que al decirlas embelesa.

Elo. Vedme ya comprometida.
¡Oh Dios mio! ¡Una duquesa!
¡Una duquesa, hija mia!

Clara. Ya.

Elo. Sería una grosera
si faltase.

Duque. Pues, y el duque
su esposo, que á duelo os reta
al tresillo, es un famoso
jugador: siempre la mesa
en que él se sienta, vereis
cómo al punto la rodean
los aficionados.

Elo. Creo
que vos me hareis la fineza
de pensar que la victoria
hay quien disputarle pueda.

Duque. ¡Oh! por supuesto.

Elo. Ahora tú
juzga y decide. Si fueras
al baile, yo solo iría
por tí... cual muger discreta;
si tu marido se obstina...

Clara. No: me daba ya licencia
para ir con vos.

Duque. Pues entonces
¿por qué...

Elo. ¿Qué hay que te detenga

si él te lo permite...?

Clara. Es que...

Duque. ¡Noche agradable y amena!

No bien entreis en la sala
un dulce murmullo suena.

Todos en torno de vos

se agolpan, todos anhelan

la dicha tan envidiable

de teneros por pareja.

La música anima el baile,

do quier la alegría suena,
y no hay boca que no alabe

vuestra gracia y ligereza.

Alli vereis cuál compiten

en galas nuestras bellezas,

y vuestro ingenio hallará

para lucirse materia.

Vuestros chistes aplaudidos

correrán de lengua en lengua;

y al repetirlos dirán

que contra las almas nuestras

vuestra gracia es poderosa

aun mas que vuestra belleza.

Clara. En divertirme pensaba,

mas no imaginé siquiera

verme tan agasajada.

Duque. ¡Oh! tambien en recompensa

las mugeres contra vos

se pondrán como unas fieras.

¡Cuánta envidia causareis!

Clara. ¿De veras?

Duque. Es cosa cierta.

No sin ira os cederán

victoria tan lisonjera;

mas tener muchos contrarios

es de gran mérito prueba.

Venid, pues.

Clara. ¿Si yo avisar

podiera á Anselmo?

Duque. ¡Qué idea

tan feliz!

Elo. Mira, aqui puedes

escribirle cuatro letras.

(*Hace sentar á Clara en una mesa, y le arregla la cabeza mientras escribe.*)

Elv. Píntale nuestra inquietud;
y di que solo te ausentas
por un instante.

Clara. Está bien.
No tendrá tiempo siquiera
para impacientarse, pues
será muy corta la ausencia.
¡Valentin!

Elv. ¡Valentin!

ESCENA VI.

DICHOS. VALENTIN.

Val. Voy.

Elv. Valentin.

Val. Ya voy.

Elv. Aprieta.
Darás esta esquila.

Val. ¿A quién?

Elv. A tu amo.

Val. ¿A mi amo? ¿Y las señas?

Elv. ¿Qué señas, bruto?

Val. Bien digo.
¿Dónde ahora se le encuentra?

Elv. Aquí, cuando vuelva.

Val. Bueno.
Y ¿qué le diré?

Elv. ¡Qué pelma!
Nada.

Clara. Toma. Estoy turbada.

Duque. Mi coche espera á la puerta.

Clara. Vámonos pronto, ó me quedo.

Elv. Sí, vamos.

ESCENA VII.

VALENTIN.

¡Pues se la llevan!

Y el amo solo conmigo
 tendrá que hacer cuarentena;
 mas puede tomarlo á mal.
 ¡Cuidado con la tormenta!
 Ya estan abajo... el chasquido
 del látigo... va de veras.
 Ya se fueron... ¡Una carta
 para su marido! ¡es buena!
 ¿Qué papel hace aqui mi amo?
 Yo pierdo el juicio. En su ausencia,
 cuando estaba en Cádiz, ¡vaya!
 Mas tener correspondencia
 viviendo en la misma casa,
 comiendo en la misma mesa,
 cuando á todas horas pueden...
 el demonio que lo entienda.
 Al menos estos recados
 no me quebrarán las piernas.

ESCENA VIII.

DON ANSELMO. VALENTIN.

Ansel. Hola, Valentin, amigo,
 mira si sudo de veras.

(Limpíándose el sudor, se sienta.)

Val. Os fatigais demasiado.

Ansel. Cuando estaba allá ¿te acuerdas
 que al volver de mi paseo
 me hallabas veces diversas
 metido solo en mi cuarto
 muy triste? ¿por qué? porque era
 soltero entonces... Mas hoy
 tengo muger... vayan fuera
 todo pesar y fastidio.

Val. Por cierto que me da pena.

Ansel. ¿Crees aun en tus presagios?
 ¡Pobre loco! Aleja, aleja
 tan necios temores. Voy *(Se levanta.)*
 á buscar á Clara, y ella
 sabrá alegrarme. A su lado
 ¡qué felicidad me espera!

Val. Señor.

Ansel. ¿Qué es eso?

Val. Una carta.

Ansel. ¿Y te estás sin darla? Venga.

Val. Es de la señora.

Ansel. ¿Cómo? (*Después de leer.*)
¿Qué veo? ¡Oh Dios! ¡y me deja!
Vete... oye... ¿Con que salió?

Val. Sí señor.

Ansel. ¿También la abuela?

Val. Sí señor.

Ansel. ¿El señor duque?

Val. Sí señor.

Ansel. ¡Ah! ¡la sorpresa,
el enojo...! ¿y es verdad?
Nunca, nunca lo creyera.
Dejarme solo... ¿será
(*Se deja caer en una silla.*)

posible que verdad sea?

Val. Yo bien os lo había dicho
que un día...

Ansel. Vete. ¡Qué bestia!
¡Apenas la dejo sola,
y con el duque se ausenta,
con el duque, cuyo solo
nombre me irrita y altera!
Ella que ahora mismo... ¡Oh Dios!
¡Cuánta falsedad! Pudiera
decirme... ¿Quién la obligaba
á fingir? ¡Tal recompensa
da á mi bondad...! ¡Y su madre!
¡Vive Dios que si una vieja
ama los placeres, todo
su loca pasión lo arriesga!
¡Yo debo, yo debo dar
castigo á tal ligereza!
Mi honor lo exige... corramos :
¡ah! señor duque, ¡vucencia
piensa burlarse de mí!
Yo os haré ver quien yo sea:
le veré, le diré... ¿y qué?
¿que estoy zeloso...? ¡oh vergüenza!

¿Zelos yo? No, no son zelos los que asi mi pecho alteran. Mi muger es jóven; debo, porque el decoro lo ordena, acompañarla. ¡Hola! Dame el sombrero.

Val. ¿Qué, vais fuera?

Ansel. ¿Qué te importa?

Val. Es tan de noche.

Ansel. Obedece. ¿Qué imprudencia voy á cometer? A dar escándalo. ¿A los sesenta años iré tras mi esposa á acecharla con incierta planta? Cual fantasma errante sumergida en la tristeza, ¿iré á turbar su alegría? ¡Pobre Clara! ¿Acaso en ella es un crimen el ser jóven y alegre? Y porque yo sea viejo ya ¿habré de querer que ella tambien envejezca? Vamos, Anselmo, ten juicio: sé hombre... ¿no está su abuela con Clara...? ¿Qué he de temer? Nada. Ya me quedo. Sepa la ingrata, pues me abandona, que sé pasarme sin ella.

(Trae Valentin el sombrero, y se lo da.)

Los guantes... Simon vendrá, y pues que solos nos dejan, tanto mejor... estaremos con mas libertad: su tierna amistad disipará los disgustos que me asedian. ¡Cuánto reiremos! Ya estoy... ¡Estoy zeloso! ¡Qué mengua! Ya no resisto á este genio infernal que me atormenta. Ser ridículo es mi suerte; mas huyamos la funesta situacion de estar dudando,

de temblar con mil sospechas,
y muriendo lentamente
sufrir tan horribles penas.

Val. Vamos, ha perdido el seso.

Ansel. Indaguemos con certeza
la verdad; vamos, mi coche.

Val. Os aguarda ya á la puerta.

Ansel. Corramos. ¡Cielos!

(*Al salir se encuentra con don Simon.*)

ESCENA IX.

DON ANSELMO. DON SIMON.

Simon. Soy yo,
soy yo, querido, no temas.
Pero qué, ¿vas á salir?

Ansel. No, sino que...

Simon. ¿Titubeas?
Habla.

Ansel. Es que... mira... mi esposa
se fue al baile, y...

Simon. Tú te quedas
por mí; lo agradezco mucho.
Es lisonjera esa prueba
de amistad.

Ansel. Iba á buscarla.

Simon. ¿Ibas? ¡Valiente simpleza!
Aquel que la acompañó
es regular que la vuelva.

Ansel. Eso no.

Simon. ¿Por qué? ¿tendrás
zelos sino estás con ella?

Ansel. Qué... no.

Simon. ¿Qué mosca te pica?
¡Qué inquietud tienes! Tú tiembles:
vas y vuelves: en verdad,
Anselmo, según las señas
no estás contento de verme.

Ansel. ¡Oh Dios! ¿De mí tal sopecha?
¡Simon, yo soy muy feliz
y estoy alegre...! ¡mas llegas

tan tarde...! Ya ves; un baile es cosa grande... y quisiera... perdóname, es un antojo que tengo... una afición ciega á los bailes... ya me entiendes.

Simon. No por cierto.

Ansel. Tantas bellas como alli se ven, sus galas, el lujo que en todos reina... Es muy divertido, mucho. Con que...

Simon. No, tú te chanceas.

Ansel. No voy mas que por un rato.

Simon. No irás, como yo no quiera; no te suelto. (*Lo agarra por un brazo.*)

Ansel. Ven conmigo.

Simon. Dios me libre; no lo creas. ¡Buena diversion tendria! A Dios, me quedo sin cena. En comiendo por la tarde como tú, puede cualquiera acostarse sin cenar; mas yo que á la una y media...

Ansel. ¿Haces ahora el elogio del celibato?

Simon. ¡Friolera! Mas bello es el matrimonio. Corre, vé, no te detengas: vé á bailar... ¡Ah! ¿qué queria

(*Anselmo hace ademan de irse, y Simon le llama.*) decirte? No se me acuerda.

Oyes, quiero que en mi casa comas... ¿qué dia?

Ansel. El que quieras.

Simon. No; es preciso señalar el dia... ¿quieres que sea el martes?

Ansel. Muy bien, el martes.

(*Quiere irse, y Simon le llama otra vez.*)

Simon. ¡Ah!

Ansel. ¿Qué?

Simon. Mi ama prefiriera

la víspera ; digo el lunes.

Ansel. Bueno.

Simon. Lo mejor... espera.

¿Sabes las señas de casa?

Ansel. Lo que sobra. ¿Tú te quedas?

A Dios.

Simon. Anselmo. (*Como antes.*)

Ansel. ¡Otra vez!

Habla.

Simon. Gracias por la cena.

(*Anselmo se va corriendo. Simon le sigue despacio alzando los hombros.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA. DOÑA ELVIRA.

- Elo.* **N**o, Clara, tu proceder
no puedo aprobar; ¡apenas
dejarte ver en el baile
y salir con tanta priesa!
- Clara.* Antes de llegar allí
ya conocí mi imprudencia.
- Elo.* La una acaba de dar:
¡cuando todos van te ausentas!
- Clara.* Mi esposo salió: sin duda
fue á buscarme. Mi flaqueza
es á sus ojos traicion.
Por vos... ¡Ah! ¡cuánto me pesa
haberos seguido, cuánto!
- Elv.* ¡Y ahora la culpa me echas?
- Clara.* Cuando el duque se empeñaba
con tanto afán en que fuera
con vos, era necesario
sostener con mas firmeza
mi resolución prudente.
- Elo.* ¡Que ahora me reconvengas!
¡Lo que son estas muchachas!
Lo mismo hice cuando lo era.
- Clara.* ¡Yo acusaros? perdonadme.
¡Estoy loca...! ¡Cuánta pena
le habrá causado á mi esposo
mi excesiva ligereza!
Veo, y amo lo que es bueno,
y obro mal: ¡qué inconsecuencia!
- Elo.* ¡Bien! convengo en que cual madre
de familia, yo debiera...
- :

- ¡Pero es tanto lo que te amo...!
- Clara.* ¿Cuándo volverá?
- Elv.* ¡Si apenas
habrá llegado! El que va
temprano, al momento entra.
Mas él metido en su coche
pasando por diez hileras
de carruages, gritará
y reñirá, sin que pueda
avanzar... Tal vez está
aun en la calle.
- Clara.* ¡Qué pena!
¡Infeliz! Cada palabra
que escucho me desalienta.
Si aquel caos para hallarnos
en atravesar se empeña,
y un obstáculo tras otro
en la muchedumbre encuentra...
- Elv.* Eso sí, se muele uno;
pero es divertida y bella
la función. Ninguna ha visto;
puede ser que se divierta;
y el placer que en ella goce
hará, Clara, que te absuelva.
- Clara.* ¡Ojalá!
- Elv.* ¡Y el duque! ¡Cómo
te obsequiaba su excelencia!
No te dejó ni un instante.
- Clara.* Es cortés sobremanera
y amable.
- Elv.* Mucho sentí
que aquel portero viniera
de orden de su excelencia
á llamarle. Cuando vuelva
¿qué va á decir?
- Clara.* Lo que guste.
Mas ¡ay cielos! si se encuentran
todo lo temo. El carácter
de mi esposo, su viveza,
su furor, que hasta lo sumo
suele llevar la violencia...
- Elv.* Tú pronosticas desgracias

inverosímiles... Cesa
de atormentarme. Me voy.
Me he cansado de manera
que quiero acostarme. ¿Vienes?

Clara. No me acuesto sin que vea
á Anselmo; quiero aguardarle.

Elo. Vamos, niña, no seas necia.

Clara. Dejadme en paz, os suplico.

Elo. Quédate... mira, no temas:
yo tengo parte en tu falta;
que tu marido lo sepa,
y échame toda la culpa.
Déjale que gruña; deja
que diga mil pestes contra
mi aficion á las grandezas.
Yo le oiré sin enfadarme,
porque á mí nada me arredra.
Mas por poco que te riña,
¡cuidado! seré una fiera. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA CLARA.

¡Á qué frívola esperanza
mi incauto pecho se entrega!
Cuando se aguarda un placer
suele llegar una pena.
Este baile sin embargo
mil placeres me ofreciera.
Yo triunfaba... ¡El duque, cuántas
atenciones y finezas
me dispensaba! ¡qué gracia!
¡qué talento! ¡qué elocuencia!
No es dable ser insensible...
¿Qué digo? ¡culpable idea...!
¿Culpable? ¿por qué...? No obstante
mi alma de susto se llena.
No pensemos mas en él.
Leamos: mi vista inquieta
esta página recorre...
pero no se fija en ella.

El cuadro de lo que he visto
me persigue; de la orquesta
aun creo oír el sonido...
Pero Anselmo... ¡oh Dios! Paciencia.
Aguardemos, aguardemos.
¡Ay! ¡qué noche tan eterna!
Oigo ruido... No me engaño...
Sí, es un coche... él es... ya llega...
Ya sube... él es... es mi esposo...
¡Oh! ¡el duque!

ESCENA III.

DOÑA CLARA. EL DUQUE.

- Duque.* Disimulad
al mas infeliz de cuantos
abandonásteis, señora:
vuelvo al baile, y ya no os hallo;
y cediendo á mi inquietud
perturbo vuestro descanso
en la soledad.
- Clara.* Señor...
- Duque.* ¿Por qué ausentaros? ¿acaso
un repentino accidente...
- Clara.* Ninguno: vuestro cuidado
os agradezco: estoy buena,
aunque fatigada un tanto;
(*Saludándole en ademan de retirarse.*)
nada mas.
- Duque.* Ya estoy tranquilo...
Me retiro... sin embargo,
un importante secreto
pudiera comunicaros.
- Clara.* Hablad.
- Duque.* Una gran noticia
es, señora, la que traigo;
mas temo ser indiscreto;
y asi me vuelvo.
- Clara.* Esperaos.
- Duque.* Debí aguardar á mañana;
pero temí retardaros

el placer...

Clara. En fin...

Duque. Ha sido

menester no descuidarnos :
habia mil pretendientes ;
mas por último triunfamos ,
y la plaza es nuestra ya.

Clara. Mi esposo...

Duque. Está ya nombrado.

Clara. Ya la esperanza perdía.
¡Qué feliz soy!

Duque. Muy ufano
mi tío con su elección
esta noche me ha llamado
para decírmelo. Ved,
aquí teneis el despacho.

Clara. ¡Cómo apreciará mi esposo
celo tan extraordinario!
Está en el baile.

Duque. Es verdad ;
creí verle , di unos pasos
para hablarle... pero como
me habiais asegurado
que no iría...

Clara. Figuraos
su gozo... ¿Pues y mi abuela?
quiero decirla...

Duque. Esperaos. (*Con viveza.*)
Vais á privarme de un gusto
que me habia reservado.
Decídselo cuando pueda
gozar de su dulce pasmo.

Clara. Es natural : defendeis
vuestros derechos : no trato
de oponerme : tomad pues.

(*Le devuelve el despacho , y él lo deja sobre la mesa.*)

¡Mas cómo recompensaros
podremos tanta bondad ?
¡Mi pecho se halla agitado!
Nuestra gratitud...

Duque. La vuestra
me basta : no hay otro pago

para mí: grande es, y yo
 poco digno de alcanzarlo.
 Premiado ya con usura
 de un servicio tan escaso,
 ó en mis ojos el placer
 se encuentra mal espresado,
 ó podeis leer en ellos
 cuánto me enagenan, cuánto,
 palabras de gratitud
 saliendo de vuestros labios.

Clara. El aprecio de mi esposo
 aun os debe ser mas grato;
 su amistad...

Duque. Tan solo habládme
 de la vuestra: comparado
 con tanto bien, no conozco
 otro mayor. ¡Si alcanzarlo
 pudiera! ¡Qué dicha entonces
 la mia! En tan dulce lazo
 que un mutuo aprecio estrechara,
 me olvidara de los vanos
 placeres que sin contento
 ando sin cesar buscando.
 Alegre, ardiente, obsequioso,
 y algunas veces... osado,
 tuviera en vos una guia,
 un amigo íntimo, sabio,
 mas sin rigor; indulgente,
 aunque sincero y honrado;
 y vos hallárais en mí
 un discípulo, un esclavo,
 á los pies de su modelo
 para siempre encadenado.

Clara. Harto me honrais: tal destino
 conviene poco á mis años;
 quien ha menester consejos,
 necio fuera en querer darlos.

Duque. ¿Por qué no? yo aventurara
 tambien los míos: no alabo
 mi discrecion; mas un loco
 tal vez tiene hechos de sabio.

Clara. Mi esposo es solo mi guia,

mi único amigo; y ¿acaso
puede haber otro mejor?

Duque. Ninguno... mas un anciano
es adusto; sus consejos
son buenos, pero arbitrarios;
y no tolera placeres
que ya para él acabaron.
Nos avenimos mejor
los jóvenes; perdonamos
con facilidad, y todo
es indulgencia su trato.
Vuestro esposo es vuestra gloria,
pero vos sois el encanto
de su vejez: él os ve,
os ama, os adora: ufano
os puede pintar su ardor,
libre del tormento amargo
de fugir una tibieza
que desmienten sus cuidados;
y puede en fin sin ofensa
deciros siempre: Yo os amo.

Clara. ¿Por qué ofenderme? También
(*Sencillamente.*)

le digo á él otro tanto.

Duque. ¿Quién? ¿vos? ¡Oh dicha envidiable!
Yo solo... ¡recuerdo amargo!
perdonadme este desorden.
Un tiempo esperé... volaron
cual dicha mis esperanzas...
Un tiempo esperé tan grato,
tan inefable placer.

Clara. ¿Vos, señor?

Duque. ¡Desventurado!

¿Y hay quien envidie mi suerte?
Sí, yo amaba... era el dechado
de las gracias é inocencia...
Aun creo estarla mirando.
Sencilla, cual vos, sin arte
hechizaban sus encantos.
Esa voz era la suya:
igual en todo... me engaño:
mas joven, no era tan bella:

si cual vos brillara, en vano
 su ardor mi pecho ocultara.
 Los ojos, el rostro, el labio,
 hasta mi silencio hubiera
 mi secreto publicado;
 pero jóven y medroso
 temblaba de declararlo:
 huía de su presencia;
 y tal vez menos prendado,
 en lo mas hondo del pecho
 guardé tan terrible arcano.

Clara. ¿Y qué os obliga á callar
 un amor que la honra tanto?

Duque. Siempre he temido ofenderla:
 por eso he callado, y callo.

Clara. ¡Cómo!

Duque. Aun no conoceis
 mi mayor desgracia.

Clara. Acaso
 ¿no la honrará el ser esposa
 vuestra?

Duque. ¡Ay! aquella á quien amo
 es esposa de otro ya.

Clara. ¡Cielos!

Duque. Justo sin embargo,
 aprecio al hombre feliz
 que tanto bien me ha robado;
 le sirvo... mas al objeto
 de mi amor aun le idolatro:
 por él me abraso, y suspiro.
 Me ve, me oye, y arrostrando
 sus iras, caigo á sus pies:
 sí, vos sois, Clara, á quien amo.

Clara. ¿Qué escucho...? ¿Y os atreveis...
 No acierto á mover el labio.
 Miro mi ultraje, y apenas
 creo lo que está pasando.

Duque. Perdonad: no debí hacer
 tal confesion... Me ha engañado
 la apariencia... sí... ¿No habeis
 con semblante amable y grato
 admitido mis obsequios?

Vos me entendísteis, y acaso
de mi triste situacion
habeis querido burlaros.
¡Ah, Clara, soy infeliz;!
mas vos sola en este caso
sois la delincuente... (*Se arrodilla.*)

Clara. ¡Cielos!
Pude merecer... Alzaos:
dejadme: mi corazon
llenais de terror y espanto.

Duque. Mi error de vuestras fingidas
bondades ha dimanado.

Clara. ¡Oh de mi loca conducta
justo castigo! Apartaos.
Idos.

Duque. Perdonadme.

Clara. Nunca.
Marchaos.

Duque. Que vuestro labio
me diga al menos...

Clara. Ya os digo
que me horrorizais... Si acaso
mi esposo... ¡oh Dios! los dos solos
y á estas horas...

Duque. Solo aguardo
mi perdon, y huyo...

Clara. ¡Qué ruido...!
Él es... es su voz... marchaos...
ya no es tiempo.

Duque. ¿Qué mandais?

Clara. Nada... no sé... estoy temblando.
La fuerza y razon me faltan.

Duque. Calmaos.

Clara. No puedo... ¡Ah! si un rayo
de amistad... si vuestro amor
es verdadero... ocultaos
por Dios... callaré... prometo
olvidarlo todo... vamos,
aqui, aqui... Me habeis perdido.

(*El duque entra en el gabinete que está en frente del
aposento de don Anselmo.*)

Pero no... ¡qué es lo que hago!

¡Qué imprudencia...! mejor es...
pero ya llega... finjamos.

ESCENA IV.

DOÑA CLARA. DON ANSELMO.

Doña Clara se sienta junto á una mesa: toma un libro y finge leer.

Ansel. No me engañó Valentin; (*Aparte.*)
por su turbacion comprendo

que está aqui. ¿Cómo tan sola? (*Á ella.*)

Clara. ¿Eres tú, querido Anselmo? (*Levantándose.*)

Ya respiro... te aguardaba...

Y estaba... estaba leyendo.

Ansel. ¿Cuál te conmueve ese libro!

Clara. Sí... mucho...

Ansel. ¿A ver? Yo lo creo:

es el Quijote: no hay cosa

mas sentimental.

Clara. No es eso;

sino que...

Ansel. ¿Nadie ha venido?

Clara. No... nadie.

Ansel. ¿Nadie?

Clara. Sí... pero...

Ansel. Me admira esa turbacion.

Clara. Como estabas fuera...

Ansel. Entiendo.

Te daba inquietud mi ausencia.

Clara. Eso mismo.

Ansel. Lo agradezco.

Mas ya me tienes aqui.

¿Por qué tiembles?

Clara. Es que... temo

haberte enojado.

Ansel. No.

No ha sido nada: estar dentro

del coche tres cuartos de hora

sin poder llegar; y luego

verme pisado, molido,

hasta que falto de aliento
vuelvo sin haberte hallado.
¿Qué es todo eso? Nada: un juego.

Clara. Estás irritado: es justa
tu indignación: la merezco.

Ansel. ¡Y tu duque! Bien me vió,
mas sin hablarme. Lo creo:
¡como no estabas allí...!

Clara. ¡Ay! ahora que me acuerdo.
Toma.

(Tomando el despacho de encima de la mesa.)

Ansel. ¿Qué papel es este? *(Lee.)*
(La prueba en mis manos tengo;
tiemblo de cólera...) ¿Quién
os ha entregado este pliego?

Clara. El duque.

Ansel. ¿En el baile?

Clara. Nadie
sirvió nunca con mas celo.

Ansel. ¿En el baile?

Clara. Yo creía
que te diera mas contento
esta noticia.

Ansel. ¿En el baile?
Ya contenerme no puedo.
Allí, lo sé, el insolente
no te dejaba un momento;
te seguía á todas partes,
te hablaba amoroso y tierno,
haciendo alarde ante todos
de su vil pasión.

Clara. ¡Ay cielos!
No grites; mira que estamos...

Ansel. Estamos solos. Le tengo *(Alzando la voz.)*
por el mas vil de los hombres.

Clara. ¡Calla!

Ansel. Es un cobarde.

Clara. ¡Anselmo,
por Dios!

Ansel. Que he de castigar.

Clara. Habla mas bajo, te ruego.

(Volviéndose involuntariamente hácia el gabinete.)

Ansel. Allí está. (*Aparte, observando á Clara.*)

Clara. Pueden oírte
los criados.

Ansel. ¡Ah! sí, es cierto:
tienes razon... Necesito
descansar... Tú, vete luego
Á tu cuarto... ¿No obedeces?

Clara. Cuando irritado te dejo,
¿cómo quieres...

Ansel. Pues te quedas,
yo me voy. Á Dios.

Clara. Anselmo.

Ansel. ¿Qué quieres?

Clara. Dame la mano.
¡Ay! Soy culpada confieso.

Ansel. ¿Culpada tú?

Clara. Sí; mañana
te descubriré un secreto.

Ansel. ¿Cuál es? Habla; ya te escucho. (*Con ira.*)

Clara. Mañana. En este momento
no pudieras escucharlo
con el ánimo sereno.

Ansel. Enhorabuena. Á Dios, pues.

Clara. ¿Así te vas? ¿no merezco
hoy que me abrases?

Ansel. ¡Ah! Sí.
¿Qué audacia! (*Aparte.*)

(*Entra en su cuarto y cierra la puerta. Clara, que lo observa, da un paso hácia el gabinete, y se detiene y dice al marcharse.*)

Clara. Gracias al cielo,
podrá escapar. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON ANSELMO, volviendo.

Ya estoy solo.

Su error deja el campo abierto

Á mi justa indignacion.

ESCENA VI.

DON ANSELMO. EL DUQUE.

Ansel. Salid, salid, caballero.

(*Abre la puerta del gabinete.*)

Duque. ¿Qué me queréis?

Ansel. Castigar
vuestra insolencia; esto quiero.

Duque. ¿Quién, vos?

Ansel. Yo.

Duque. Pero, señor...

Ansel. ¿Cuándo, cómo, y en qué puesto?

Duque. ¡Oh! Cállese aquesa sangre;
cállese por un momento...

Ansel. Si está helada por la edad
la poca sangre que tengo,
al instante que la ultrajan
se inflama y hierve de nuevo.
¿Pensabais hallar en mí
un marido como aquellos
que el mismo que los obsequia
los mira con menosprecio,
y viviendo de su infamia
la sufren sin sentimiento?

Duque. ¿A qué suponer tal cosa?
¿Quién os lo prueba?

Ansel. Este pliego.
Tomadlo, tomadlo... ¿no?
Pues lo rasgo: nada os debo,
y no tengo que guardar
ya con vos ningún respeto.

Duque. Si al declarar mi pasión
en vos un título ofendo
que debió serme sagrado,
vuestra esposa por lo menos
inocente...

Ansel. ¡Vano ardid!

Duque. Mirad que yo la defiendo.

Ansel. Vuestra presencia la acusa.

Duque. ¿Dudais cuando lo sostengo?

Ansel. ¿Y lo afirmáis siendo falso?
Venid, pues, á sostenerlo.

Duque. No podría ser igual
entre los dos este duelo.

Ansel. Entre los dos vuestra injuria
la diferencia ha desechó:
el agresor, sea quien fuere,
no puede excusar el duelo,
que al grado del ofendido
le humilla el agravio mesmo.

Duque. ¿Y quién habla aquí de clases?
Por vuestra edad me contengo.

Ansel. ¡Mi edad! debísteis mirarla
cuando el agravio habeis hecho;
mis canas ya no os excusan
cuando yo vengarlas quiero.

Duque. Morireis, y quedaré
de ridículo cubierto.

Ansel. Cesa la ridiculez
do empieza el crimen: si muero,
sereis solo un criminal,
y este es el castigo vuestro.
¡Qué! ¿pensais impunemente
turbar la dicha, el sosiego
de un matrimonio, y mirar
su deshonor como un juego?
No, que llega á ser delito
lo que burla fue primero,
y al morir el hombre honrado
os deja el remordimiento.
O vencedor ó vencido,
con honor yo siempre quedo:
vos vencido lo perdeis,
pero mucho mas venciendo.
De la suerte de un marido
las gentes rien, es cierto;
pero si hay sangre, la risa
se convierte en vituperio.
¿Vos ridículo? no, no;
sereis un vil, un perverso.

Duque. Ya es esto demasiado,
y he cumplido como debo.

Mi temor fue por vos solo ,
 mas voy á satisfaceros.
 Sois digno contrario mio :
 asi fuese el brazo vuestro
 de tan noble corazon
 apoyo menos ligero.

Ansel. No, no quedará por él
 mi venganza sin efecto.

Duque. ¿ A qué hora ?

Ansel. Al rayar el alba.

Duque. ¿ Vuestra arma ?

Ansel. La espada.

Duque. El puesto.

Ansel. Yo iré por vos. Dios os guarde.

Duque. A Dios pues ; ved que os espero.

Ansel. Yo os evitaré el fastidio
 de esperarme mucho tiempo.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO. VALENTIN. *Se quedan mirando algun tiempo sin hablar.*

Val. ¡Linda campaña hemos hecho!

Ansel. ¡Desarmado! La desgracia me persigue por do quiera.

Val. ¡Vos reñir!

Ansel. ¡Ah! Ya me enfadas, hablador.

Val. Qué buen sugeto es el señor duque.

Ansel. ¿El?

Val. Vaya...

Ansel. ¿Quién? ¿Él?

Val. Riñe sin testigos; es una partida guapa.

Ansel. Sería por miramiento á mi muger.

Val. Pero cuántas, cuántas disculpas os dió despues del combate: el alma tengo toda conmovida.

Ansel. Sus palabras eran falsas, y no lo creo.

Val. Yo sí; que es mas agradable.

Ansel. Calla; vé á ver si estan levantados.

Val. ¿Quién ha de estar en la cama á estas horas?

Ansel. ¿Es tan tarde?

Val. Muy tarde. Desde la casa de campo hasta aqui, ya veis hay una buena tirada; y aunque el combate fue corto...

Ansel. ¿Cómo! (*Enfadado.*)

Val. Fue bastante larga la conversacion. El duque por tranquilizaros...

Ansel. Marcha; vé á ver si... ;pero mi suegra! ;Qué fastidio! Vete y calla.

ESCENA II.

DON ANSELMO. DOÑA ELVIRA.

Elo. ¿No tenia yo razon en decir que os esperaba en la corte la fortuna? ;Director de rentas! Vaya, ;cómo se llena la boca con este título!

Ansel. ¿Y Clara?

Elo. ;Hija mia! es un tesoro.

Ansel. Tengo que darle mil gracias.

Elo. Y á mí tambien.

Ansel. No; tampoco quedareis vos desairada. Mi muger debe saber que ya estoy de vuelta en casa. Yo deseo hablarla á solas.

¿Puedo verla?

Elo. Para hablarla á solas, no.

Ansel. ¿Cómo es eso?

Elo. Que está la casa atesiada de gentes... cuántos amigos

teneis sin saberlo... Clara
 no queria recibirlos ;
 sino es por mí... Esta muchacha
 no sé lo que tiene : está
 que ni ve , ni atiende , ni habla .
 Yo creo que vuestra dicha
 la tiene medio alendada .
 Mas ¡ si viérais ! ¡ cuánta gente !
 Unos suben , otros bajan :
 visita sobre visita ;
 y todos nos agasajan
 y nos dan la enhorabuena ,
 y os elogian , y os ensalzan .

Ansel. ¿ Con que mi muger está
 de besamanos ?

Elv. Es tanta
 la concurrencia , que ya
 nuestro gran salon no basta .

Ansel. Lo siento .

Elo. Amigo , es preciso
 nos mudemos sin tardanza
 á otra casa mas capaz ;
 yo misma quiero sin falta
 en su busca recorrer
 toda la corte mañana .

ESCENA III.

DICHOS. DON SIMON.

Simon. Anselmo , querido Anselmo .

Ansel. ¿ Qué tienes , Simon , que tanto
 gritas ?

Simon. ¿ Qué tengo ? ¡ Dios mio !

Ansel. ¿ De qué dimana ese rapto
 de locura ?

Simon. ¿ Y lo preguntas ?

Ansel. Dilo , pues .

Simon. Dame un abrazo .

Ansel. ¿ Hablarás ?

Simon. Tu empleo, amigo,
tu empleo.

Elv. Vaya, alegraos.

Ansel. Si no hay nada.

Simon. ¿Cómo no?

¿Te atreverás á negarlo
cuando la Gaceta de hoy
lo publica?

Ansel. ¡Cielo santo!
Ya nadie lo dudará.

Elv. Como que es de oficio.

Simon. Vamos,
yo me alegro tanto mas
cuanto que estoy ya temblando
por mi empleo.

Ansel. ¿Cómo es eso?

Simon. Hoy de tu favor me amparo.
Ya saben lo del dinero
que ayer te presté: está malo
el negocio; pues en casa
del ministro lo han contado.

Ansel. ¡No me faltaba otra cosa!
¿Pues cómo...?

Simon. No hay que dudarlo.

Elv. Vos lo dijisteis á Clara;
Clara á mí, y yo lo he contado
en el baile, porque os honra
de amistad tan bello rasgo.

Ansel. ¡Comprometer á un amigo!

Elv. No lo creo; y en tal caso,
con que Clarita hable al duque
quedará todo arreglado.

Simon. Bravo.

Ansel. Te engañan, Simon;
no disfruto yo de tanto
valimiento.

Elv. Pues señor,
pasad luego por mi cuarto;
yo quiero bajar con vos
á ver al duque: me encargo
de todo: voy en su nombre

al instante á presentaros.

Ansel. Pero señora...

Simon. Querido :
 permitirásme aceptarlo:
 repara tú el daño al menos,
 ya que tú me lo has causado.

Elo. Es muy justo, yerno mio.

Ansel. ¡Maldito respeto humano
 que á callar me obliga! (*Aparte.*)

Simon. Tengo
 que hablarle en secreto cuatro (*Aparte.*)
 palabras: disimulad;
 en dos minutos despacho,
 y vuestro seré, señora.

Elo. Con mucho gusto os aguardo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON ANSELMO. DON SIMON.

Simon. Tu dicha me encanta, amigo.
 Ya de ella me estoy formando
 la imagen mas seductora;
 y ya me siento inflamado
 de un deseo nuevo en mí:
 salgo al fin de mi letargo:
 te dije que mis amigos
 me proporcionan la mano
 de una señorita jóven,
 linda y bella...

Ansel. ¡Mentecato!
 ¿Quieres casarte? ¿Estás loco?

Simon. ¿No me lo has aconsejado?

Ansel. ¡Casarte!

Simon. Mira: se trata
 de un arreglo; y en tal caso
 estamos mal los solteros,
 pues pagaremos el pato.
 El ser padre de familia
 es un título sagrado

que guarda el empleo y abre
paso á los que van vacando.

Ansel. ¡Pero casarte á tu edad!

Simon. ¡Qué! ¿Tienes tú menos años?

Ansel. ¡Hombre! yo es muy diferente;
pero tú, ... ¡casarte! Vamos,
has perdido la chaveta.

¡Qué mal conoce un anciano
solteron su dicha...! ¡ay! huye
de tan desiguales lazos.

Sería unir la razon
con la locura, y en pago
de amor recibir desprecios,
odio, penas, sobresaltos.
Te morirás, no lo dudes,
de pesar... ¡á sesenta años
casarse! ¡y con una jóven!
Mejor es un trabucazo.

Simon. Atónito estoy de oírte.

Pero tú, ¿no te has casado?

Ansel. Hombre, yo es muy diferente;
pero tú... Asi que tus labios
pronuncien el sí fatal,
voló tu dicha: á veinte años
¿tendrá tu esposa tu genio?
No lo tendrá. Tú el descanso
apetece; tu muger
te alborotará el cotarro.

¿Quieres dormir? pues al baile.

¿Tienes dinero? á gastarlo.

¿Guardas un secreto? al punto
ella lo va divulgando.

De aqui vendrá el mal humor,
los gritos y los regaños;
pasarás la noche en vela
y los dias sin descanso.

Mira cuál será tu esposa.

Simon. Pero ¿por qué causa cuando
es un angel tu muger,
la mia ha de ser un diablo?

Ansel. Hombre, yo es muy diferente,

pero tú... Mira, si acaso
 ese tesoro, tan facil
 de perderse, te es robado;
 si al fin te... ¡Jesus! no sabes
 qué tormentos tan amargos
 te aguardan : te harás zeloso,
 siempre la estarás rondando...
 Pues si encuentras algun dia
 dentro de tu propio cuarto
 á un rival, un seductor...
 entonces sí, que inflamado
 de furor, para vengar
 tu injuria saldrás al campo...

Simon. No lo creas.

Ansel. Sí saldrás.

Simon. No saldré... si tú en tal caso
 la echabas de valenton,
 á mi vez ahora esclamo
 que yo, amigo, es diferente.
 ¡Yo esponerme! ni pensarlo.
 Pero nuestro asunto exige
 mi presencia : yo me marcho,
 y sin tardar me dirijo
 á casa de nuestro caro
 protector... ¡Un desafio!
 No dijera mas el diablo. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON ANSELMO. *Luego* DOÑA CLARA.

Ansel. ¡Pobre Simon! está loco.

Clara. (*Sale con una carta en la mano.*)

¡Pedro, Juan, hola, criados!

¿No hay nadie...? ¡Mi esposo! — Vine

(*Oculto la carta en el pecho.*)

esta mañana temprano,
 temiendo hallarte indispuesto;
 mas estabas descansando
 segun me dijeron; fuíme

al momento muy despacio
sin meter ruido... ¿De veras
dormías?

Ansel. Sin duda.

Clara. Vamos,
nada sabe.

Ansel. ¿Y el secreto?

Clara. No era nada. (*Turbada.*)

Ansel. ¿No has guardado
un papel?

Clara. Sin interes.

Ansel. Que le tenga ó no, sepamos
qué papel es.

Clara. Un billete.

Ansel. Enséñamelo.

Clara. Son cuatro
letras que escribo...

Ansel. ¿A quién?

Clara. A...

¿qué te importa?

Ansel. Yo lo mando. (*Con violencia.*)

Clara. ¡Qué severidad! Jamas
te he visto tan enojado.

Ansel. Lo estoy, y lo debo estar.
Ya contener no me es dado
mi justo furor. ¡Ingrata!
¡Hé aqui de mi amor el pago!
¿Cuándo mi ciega ternura
se opuso á tus gustos? ¿Cuándo
de un inocente placer
me viste privarte? ¿Acaso
he sido un anciano adusto,
un opresor, un tirano,
y cual con grave cadena
te hago insufribles tus lazos?
¡Traidora! tú los rompiste.
¡Ah! propio del que ama tanto
es el ser aborrecido;
pero hacerme desgraciado,
deshonrarme...

Clara. Juro...

Ansel. Aleve,
 tus juramentos son falsos.
 Lo sé todo: he sorprendido
 dentro de tu mismo cuarto
 al autor de mi deshonra :
 con él he salido al campo
 á derramar una sangre
 que lavaba mis agravios.

Clara. ¿Quién? ¿Tú? ; Qué horror!

Ansel. No te asustes :
 el duque ha quedado salvo :
 vence , y estoy sin honor ;
 mas libre ya de mis lazos ,
 ni amor ni respetos tengo ;
 todo me es lícito cuando
 mis sospechas justifican
 tus anteriores engaños.
 Quiero ver ese billete ;
 sea cual fuere este arcano ,
 me ofende, sí, y criminal
 te haces ya con ocultarlo.
 Quiero verle , quiero verle.

Clara. Aquí le tienes.

Ansel. Temblando
 le recibo... Alguna nueva
 desgracia que ignoro acaso
 contiene... ; Cielos! ; Al duque!

Clara. Al mismo.

Ansel. No me he engañado.
 Mi corazon presagiaba
 esta traicion. •

Clara. Lee.

Ansel. Hagamos
 un esfuerzo... Mas mis ojos
 se turban... procuro en vano
 leer... mi furor aumenta.
 ; Ah! ; Pérfida!

Clara. Dame.

Ansel. Oigamos.

Clara. (*Lee.*) "Señor duque. A vos dirige sus justas

quejas una muger á quien habeis ofendido. Podré haber incurrido en la nota de inconsiderada y ligera, pero jamas pensé merecer el ultraje de una declaracion que me avergüenzo de recordar. Amo á mi marido, le amo con toda mi alma, y creedme, señor duque, podria volveros á ver sin el menor riesgo; mas debo, tanto por mi honor ultrajado, cuanto por la tranquilidad de mi esposo, prohibiros ya la entrada en mi casa. Dejando vos de tributarme ante las gentes obsequios que me deshonoran, dareis una prueba de que aun me juzgais digna de vuestro aprecio, y merecereis el mio.”

Ansel. ¿Será verdad? ¿Qué he leído?

(Volviendo á tomar la carta.)

Clara. Escúchame, esposo amado.

Temiendo tu justo enojo,

pensé acertar alejando

de tu vista á tu rival.

Mas en lugar de evitarlo

hice nacer el peligro,

turbándome el sobresalto ;

tu vida espuse, tu vida

preciosa, que estimo tanto.

Pensé descubrirte todo,

mas en mis trémulos labios

espiraba mi secreto

al intentar declararlo.

Evitemos á mi esposo

un pesar, dije, ocultando

tan doloroso misterio,

y con el deber cumplamos,

mandando al duque no vuelva

á verme mas... Informado

estás de todo: consulta

tu corazon ; y pues te hablo

sin disfraz alguno, sé

mi juez ; tu sentencia aguardo.

Ansel. ¿Es cierto...? Esta carta... sí:

las palabras recordando

del duque...

Clara. O no me amas ya, (Con ternura.)
ó debes creerme.

Ansel. Te amo,
Clara, y mi credulidad
te prueba cuál te idolatro:
cuanto el duque me decia
lo juzgué imposible, falso;
mas hablas, y la verdad
creo salir de tus labios.
Mi corazon no resiste
á tan poderoso encanto;
y de tu voz seductora
cedo al suavísimo halago.
No es posible que me engañes;
y aun cuando lo fuese, en vano
mi razon combatiria
tan dulce error.

Clara. ¡Oh Dios! ¡Cuánto
tu confianza me enternece!
y ¡cuánto sino la pago
con hacerte venturoso
culpada fuera! Salgamos
de Madrid... sí: sus placeres
son un peligroso lazo,
do tal vez á mi pesar
mi virtud muriera al cabo.
Turban mi razon, me arrastran,
me desvanecen; en vano
intento huir el peligro,
en él sin sentirlo caigo.
Hoy mis proyectos de ayer
en otros ya se trocaron;
solo la voz de mis gustos
escucho: cedo, me exalto,
y cuando la razon vuelve
ya entonces culpada me hallo.
Sácame de tantos riesgos,
esposo mio; yo te amo;
¡y sin embargo por mí
fue tu sosiego turbado!
Hazte dueño de mi vida,

querido esposo; partamos:
 llévame lejos de aquí:
 mi genio es mudable, vario;
 hoy lo deseo, y mañana
 querré tal vez lo contrario.

Ansel. Este es el fin de mis penas;
 ¡cuánto te agradezco, cuánto,
 tan hermoso sacrificio!

ESCENA VI.

DICHOS. VALENTIN.

Ansel. (*A Valentin, que atraviesa el teatro.*)
 Valentin, oye; ya estamos
 decididos á partir
 para Cádiz.

Val. ¿Para Cádiz?

Ansel. Sí por cierto.

Val. ¿Qué milagro!

¿Es cierto, señora?

Ansel. Pues:

ahora será necesario
 que la señora lo afirme
 para que lo creas.

Clara. Cuando
 tu amo lo dice...

Val. Señora,
 perdonadme: soy casado;
 y á mí mismo no me creo
 sin primero consultarlo
 con mi muger.

Clara. Buen principio.

ESCENA VII.

DICHOS. DON SIMON. DOÑA ELVIRA.

Simon. Amigo, ¡con qué agasajo

el duque me ha recibido!
 Mis temores acabaron.
 Se conoce que te estima
 muchísimo: me ha encargado
 te diga que en cierto asunto
 que te interesa, sus labios
 no romperán el secreto.

Elv. Muy bien, mas lo que yo extraño
 es que, segun dice, habeis
 vuestro empleo renunciado.

Clara. Tiene razon, madre mia.

Ansel. Sabed tambien que marchamos
 para Cádiz; los asuntos
 de mi hijo lo exigen.

Elv. ¡Bravo! (*Admirada.*)
 ¡Gran proyecto! Con que asi...

Ansel. Disimuladme si os saco
 del centro de los placeres;
 mas yo haré por procuraros
 alli cuantos pueda: algunos
 conciertos, de cuando en cuando
 un baile... ¿Qué te parece? (*A Valentin.*)

Val. Muy bien.

Ansel. Y dentro de un año
 si el amigo Simon pide
 licencia, vendrá á buscarnos
 con su muger.

Clara. ¿Cómo es eso?
 ¿Tambien pensais en casaros?

Simon. ¿Yo casarme? ¡Dios me libre!
 No seré tan mentecato.
 Tomar muger á mi edad
 jóven y linda bien puede
 salir bien; pero sucede
 rara vez á la verdad.
 Tú lo hiciste: una gentil
 jóven por esposa hallaste:
 eres feliz, lo acertaste;
 mas eres uno entre mil.
 Cuando llego de la vida
 casi el término á tocar,

¿quienes me vaya á enredar
por una senda torcida?

Donde resvalan los mas
puedo dar en falso un paso;
y asi, amigo, no me caso,
ni me casaré jamas.

FIN DEL ACTO TERCERO.

